



Una fotografía inquietante de Carolina Muñoz Parra.

Madre no hay más que una

Experiencias literarias compartidas entre madres e hijas. La familia entendida como un teatro donde todos actuamos

MARC CAELLAS

“Mamá duerme con hipotermia bajo las mantas y bolsas de agua. Si sube la temperatura, emergencias. Si tiene epilepsia, helicóptero. Si muere esta noche, sepultura.” Escribe Ariana Harwicz en ‘La débil mental’ (Mardulce editora). “Mamá levantándose en los hombros para que coma del árbol, mamita haciéndome caminar sobre un leño caído, mostrándome el sexo, ansiosa esperando que me haga adicta. Ávida de que tome altura, midiéndome con un crayón contra la pared. Mamá feliz cuando mi espalda es atravesada por un elástico sujetador y ya hablo sucio. Mamá sonriendo el día en que un hombre me siguió por el bosque, y me dijo, no tengas miedo.”

Ariana Harwicz escribe con un cuchillo afilado. Saca punta a las palabras. Las clava en las páginas. Como hacía Sharon Stone con el picahielo en ‘Instinto Básico’. Así me imagino a la escritora argentina frente a su computadora. Entrenándose para el combate. Madres contra hijas, hijas contra madres. Con ánimo destructor y sensual. Prisioneras de un deseo que las vuelve débiles. Débiles mentales. El deseo opera productivamente, que diría Deleuze. El deseo produce palabras que se pierden entre los árboles por donde transitan los cuerpos. ¿Auto-

biografía, sueño o pesadilla? El presente se mezcla con el pasado y con lo soñado. No podemos, como lectores, dejar este libro. Es peligroso abandonarlo. Nos reclama, nos exige una concen-

“Si sube la temperatura, emergencias. Si tiene epilepsia, helicóptero. Si muere esta noche, sepultura”

tración absoluta. Como el bosque de ‘Anticristo’, la película de Lars Von Trier con la que comparte altos niveles de demencia.

Una madre que despierta a la hija a golpes. Una madre que cela a la hija. Una madre que es más una enemiga íntima que una consejera. Una hija que, ya desde la placenta, analiza a su madre sin piedad. Una hija que desde el cuarto de al lado se queja, celosa, por sus gemidos de placer. Una hija que, pese a todo, es educada. De manera salvaje quizá, a golpes, también, pero con las herramientas necesarias para sobrevivir en la jungla de los afectos.

La autora vive en Francia desde hace unos años. No es un dato baladí. ‘La débil mental’ bebe de cierta tradición francesa. De las Marguerite, por ejemplo. La Yourcenar de ‘Fuegos’. La Duras de ‘El amante’. Sobre todo de esta última. En la novela de Marguerite Duras la relación madre-hija queda, a ratos, opacada por la fuerte sensualidad de la narradora, sobre todo en la famosa adaptación cinematográfica. Pero esa relación es central en el texto. Y el temprano descubrimiento de esa incontrolable sensualidad es una respuesta al fracaso de la madre. También aquí, el deseo de los cuerpos como motor narrativo.

“Comprendo que mi madre está claramente loca. Sé que Do y mis hermanos siempre han tenido acceso a esa locura. Que yo, no, yo aún no la había visto. Que nunca había visto a mi madre en situación de estar loca. Lo estaba. De nacimiento. En la sangre. No estaba enferma de su locura, la vivía como la salud.”

‘El Amante’ es un libro para leer y releer. Es una clase de escritura. Su dispositivo está tan bien armado que funciona tanto como literatura erótica, libro de viajes, drama familiar o escrituras poscoloniales. Hay mucho juego para todos los gustos. Es un libro de fondo, que Tusquets viene re-

editando, y que nuevos lectores siguen leyendo año tras año.

Se ha reeditado también, en Colombia y Perú, ‘9 lunas’ (Seix Barral), el texto que pergeñó Gabriela Wiener durante su embarazo. ‘9 lunas’ es el libro que quizá no debas leer si estás embarazada, o quieres estarlo. Quizá vale la pena dejarlo para el postparto. Gabriela Wiener suele proponer viajes emocionales intensos. Considerada una escritora punk, su embarazo significó su experiencia más gonzo. Eso es lo que nos cuenta. Sin atenuantes. Sin rehuirle a la maldad o al rechazo que le genera, en determinados momentos del proceso, ser, o convertirse, en una madre. Gabriela que-

El deseo produce palabras que se pierden entre los árboles por donde transitan los cuerpos

ría un hijo. Le nació una hija.

Como le nació una hija escritora a Lucile. Una hija que construye una novela, ‘Nada se opone a la noche’ (Anagrama), para intentar entender la muerte de su

madre. Para comprobar si pudo haberla evitado. Para sanar, si acaso es posible, todas las heridas. De joven, Delphine de Vigan fue testigo de un proceso de autodestrucción poco apto para menores. De grande, Delphine investiga a toda su familia. Durante tres años busca fotografías, recoge testimonios, escucha grabaciones. Trabaja con los actores de su familia. Descubre quiénes son los que mienten, los que tienen secretos, los que cuentan chistes, los trágicos, los que cantan y bailan, los que cuentan la historia familiar, los que están a cargo del relato. Todo ese material le sirve para diseñar un artefacto literario que conmueve. Suena a tóxico, pero es así: en el libro hay mucha verdad y, aun siendo una novela, sentimos que la ficción quedó reducida a su mínima expresión. Hay hambre de realidad, que diría Dave Shields. Esos retazos de realidad le sirven a la escritora francesa para hacerse las preguntas adecuadas. Porque ahora es ella la autora del relato familiar. ¿Y los hombres? Como en los otros libros mencionados, los hombres son prescindibles.

“Siento todavía algo hacia mis hijas, pero no puedo expresarlo. Ya no expreso nada. Me he vuelto feo, me da igual, nada me interesa salvo que llegue la hora de dormir gracias a los medicamentos.”